

XV Encuentro Anual de ACDE

“Los empresarios, el Estado y un mundo en pleno cambio”

Martes 26 de Junio de 2012 – Marriott Plaza Hotel Buenos Aires

Mensaje de cierre de Pbro. Alejandro Llorente, Asesor Doctrinal de ACDE

Voy a tratar de recoger las inquietudes de fondo que aparecieron en el encuentro de hoy, algo no sencillo de hacer. Trataré de expresarlo a través de algunas imágenes que nos resultan más familiares y nos ayudan a comprender lo que subyace en ciertos procesos globales. En el último documento del Consejo Pontificio “Justicia y Paz” sobre la vocación del empresario cristiano hay una frase que me llamó mucho la atención. Habla de la relación personal del empresario con Jesucristo¹.

Quiero interpretar lo que propone el documento como una manera de ver a Dios y de vivir en relación con Él que no está muy presente en nuestra espiritualidad. En el evangelio de Juan, Jesús es quien, en el Espíritu, conduce al Padre que es la fuente de todo don y de toda paternidad. Esto tiene que ver con un deseo nuestro muy profundo. Ser padres, ser fecundos, engendrar, dar vida. Aclaro que hablo del don de la paternidad (maternidad) de modo genérico, amplio. Hablar de paternidad es hablar del misterio de la fecundidad sea en el rol de padres o madres, de dirigentes o dirigidos.

Ser fecundos es la capacidad de gestar con sentido humano de una manera digna y perdurable, que permanezca en la memoria humana y de este modo trascienda la muerte. La paternidad en este sentido de gestar fecundidad nos lleva a distinguir el ser progenitor y el ser padre. No basta engendrar hijos en la propia carne para ser padre. El hecho de ser padres no tiene que ver ni sólo ni

¹ PONTIFICAL COUNCIL FOR JUSTICE AND PEACE, *Vocation of the Business Leader: A Reflection*, n. 28: “This Gospel is a message of love which is found not primarily in a theory or an ethic, but in a relationship with Christ”. Este Evangelio es un mensaje de amor que no está primariamente fundado en una teoría o en una ética sino en una relación con Cristo. La traducción es mía.

principalmente con el hecho de haber gestado en el propio vientre al hijo. Tiene que ver, ante todo, con la capacidad de asumir y dar vida sea de la forma que sea. Por eso, puede haber padres que no son los progenitores de sus hijos. Este deseo, que expreso tomando la imagen de la familia, está de alguna manera en el origen de muchos fenómenos sociales de los cuales hemos hablado hoy. No tanto de una manera pacífica sino más bien conflictiva.

Cuando leo los evangelios, encuentro una imagen de Dios que resumo en cuatro características:

1) No es un Dios autoritario, es decir no es un Dios que teme. El autoritarismo no es sino el miedo disfrazado de otra cosa. El autoritarismo puede ejercerse en nombre de la defensa de los valores y de la verdad. Pero siempre, detrás del autoritarismo hay miedo. Los verbos en imperativo que aparecen, por ejemplo, en el evangelio de Juan nada tienen que ver con el autoritarismo. Cuando el Señor dice a sus discípulos “amen como yo los he amado” no les está imponiendo amar: El amor no se puede mandar. Se trata de lo que llamo “imperativo de urgencia”, es decir de aquello que es necesario obrar por la magnitud de los bienes que se siguen del hecho mismo de hacerlo. Por otra parte, el imperativo va dirigido a aquellos que, teniendo disposición en su corazones, han comprendido la importancia de amar como Jesús amó.

2) Es un Padre integrador que hace salir el sol sobre justos e injustos; sobre musulmanes, judíos, católicos, agnósticos; sobre abortistas y antiabortistas. Es decir es un Padre que acoge y contiene las diferencias, lo diferente. Las contiene respetándolas, amándolas y llamándolas a la verdad.

3) Es un Padre subsidiario porque gesta con su gracia espacios de realización y de articulación. Quiere hijos libres, no quiere esclavos; los quiere en comunión, no los quiere divididos. Gestar espacios de realización para sus hijos significa que este Dios “se retira”. Los que han hecho experiencia espiritual profunda –por ejemplo Enrique Shaw– conocen el dolor de la ausencia, los silencios y del aparente desentenderse de Dios. ¿Dónde estás?, es la pregunta de muchos místicos. El silencio es el espacio de oportunidad para que ese hijo –sostenido y ayudado por el Espíritu– pueda gestarse desde sí mismo, desde sus propias capacidades. Es una experiencia dura para ambos. El Padre sabe que no puede substituir a sus hijos; sólo los puede inspirar. Eso lo hace a través de su Hijo como modelo y del Espíritu.

4) Es un Padre con identidad definida. Sabe bien quién es: “Soy el que soy” (Yahvé); Abba (padre).

La comunicación, la experiencia y la comunión con este Padre, se conecta con un anhelo muy profundo que tiene que ver con el gestar vida, con la capacidad de gestar “hijos”, personas que sean libres, que sepan ocupar su lugar, que tengan una identidad definida y que sepan articularse con otros. Para esto es necesario tener registro de nosotros mismos ya que nadie puede dar lo que no tiene. Quien no tiene mínimamente registrada su propia identidad va a transmitir confusión; quien no es libre va a transmitir imposición; quien no sabe articularse va a transmitir división y, aunque no induzca división, va a comunicar la incapacidad de articular y de abrazar lo diferente. Estas son realidades muy profundas –en ella se juega nuestro ser más auténtico– tan profundas que generan angustia que a veces deriva en violencia. Por eso, en los congresos sobre la cuestión del aborto se ha visto a los defensores de la vida agredir a los abortistas. Defendemos de la violencia al niño por nacer pero no al adulto que no piensa como nosotros².

No se pueden separar totalmente las problemáticas sociales –macro– de las cuestiones individuales –micro– a no ser que queramos persistir en una cierta esquizofrenia: Tarde o temprano estas dimensiones se conectan. Salvando las distancias –*mutatis mutandi*– las cuestiones sociales también son un reflejo de estas problemáticas domésticas. Esto es lo que hoy aparecía de alguna manera en la articulación entre Estado y sociedad, entre Estado e individuo, la articulación de las diferencias. Cuando hoy nos preguntábamos cómo nos vamos a integrar con una cultura como la china, hay algo de lo que no dudo: No creo que exista persona sobre este planeta que habiendo experimentado el valor de la libertad quiera vivir sometido a otro. La cuestión de fondo es cómo esa persona llega a valorar la libertad y toda la riqueza que ella entraña. Es verdad que hay diferencias culturales. No obstante, cuando nos acercamos al fondo de las grandes religiones, hinduismo, budismo, judaísmo, cristianismo, etc., hay muchas más coincidencias de las que nosotros imaginamos.

Se trata de las mismas problemáticas señaladas por el psicoanálisis –Freud, la madre; Lacan, el padre– y que tienen que ver con la gestación de la identidad

² La competencia en los mercados hasta la eliminación de los competidores enmascara y racionaliza la violencia fratricida. Los intentos de integración y cooperación se sacrificarán en el altar de la eficiencia y la productividad.

subjetiva en un contexto de articulaciones familiares, sociales, etc. Así emerge la cuestión del padre, la autoridad –*auctor* de *augere*, dar auge, hacer crecer– y de la ley, por citar apenas dos cuestiones. La cuestión del “yo” que se debate en tensión con los polos del “superyó” y del “ello”, y, asimismo, necesita articularse con ellos para poder ser.

Es imposible vivir en sociedades que no están reguladas y articuladas por una cierta autoridad. Dentro de este mismo principio se esconde implícitamente la certeza de que nadie es origen de sí mismo, todos somos originados. Por eso, el debate suele plantearse sobre lo que legitima esa autoridad, eso que nos da origen. Normalmente se recurre a las constituciones que vienen de más allá de nosotros, de nuestro pasado, es decir que nos preceden. La constitución suele concebirse como la Ley fundamental –lo que funda una Nación– legada por los “padres” de la Patria (que viene de *pater*, padre)³.

La necesidad de la autoridad es un principio que atraviesa toda la doctrina social de la Iglesia⁴. El rol de la autoridad bien entendido es subsidiario, no impositivo. Aunque en la doctrina social no se expresa así, podemos ilustrarlo con una frase que se oyó hoy: “Tanta libertad como sea posible, tanta autoridad como sea necesaria”.

La identidad es la base del rol o función. Es la que permite gestar a otros como otros, libres y sanamente articulados. Esto es lo que sabe gestar un padre en sus hijos; esto es lo que sabe gestar un Estado subsidiario. Tomando algunos conceptos que escuchamos hoy, voy a tratar de establecer una ecuación: El progenitor es al padre lo que el crecimiento es al desarrollo lo que el gobierno es al Estado lo que la libertad cuantitativa (tener bienes a disposición) es a la libertad cualitativa (saber elegir los bienes a disposición). Toda la primera columna (progenitor, crecimiento, gobierno, libertad cuantitativa) son condiciones necesarias pero no suficientes para el normal funcionamiento de una sociedad. El problema aparece cuando los componentes de la primera columna se convierten además en condiciones suficientes. Por ejemplo, cuando los partidos políticos –a través del

³ Omnipresencia, autoritarismo, favoritismo, gestión poco o nada transparente, son los rasgos que caracterizan estas indebidas apropiaciones. La supervivencia se concibe sólo a expensas de la autoridad de la ley. Apropiarse de la ley y de las instituciones de la justicia es la reedita la muerte del padre, es decir del origen que me trasciende y me iguala con los otros, los hermanos.

⁴ *Mater et magistra* 92 subraya la necesidad de salvaguardar la autoridad y la necesaria eficacia de la unidad de dirección en la empresa.

gobierno de turno— se apoderan del Estado y lo someten a los intereses partidarios que suelen ser siempre “intereses de parte”. Cuando los individuos nos apoderamos de las instituciones y las subordinamos a nuestros propios intereses. El interés general se convierte en el interés particular, es decir de algunos que suelen ser unos pocos.

La articulación entre estado y mercado, entre estado y ciudadano, hoy está atravesando una crisis muy profunda que yo llamo “crisis de paternidad”, que se puede traducir como crisis de institucionalidad (empresarialidad) y también como crisis espiritual. Para muchos, esta crisis se originó en la modernidad cuando el hombre se desliga de la paternidad de Dios y se hace padre de sí mismo. Se concibe a sí mismo de una manera huérfana, como auto-producción, hijo de su propio pensamiento según aquél conocido axioma de Descartes: “Pienso, luego existo”⁵.

Esa desarticulación es, para mí, ante todo, un problema profundamente espiritual y la raíz oculta de muchos de los problemas de identidad y articulación de las diferencias en muchas sociedades contemporáneas. Esto tiene que ver con saber ocupar el propio lugar y saber hacer espacio para que otros puedan ocupar su lugar. Tiene que ver con un descentramiento del ego para dar lugar a otros “yo” emergentes. Es lo que los padres hacen cuando nace un hijo. Los centros de gravedad se desplazan para hacer lugar al que ha llegado. Es el ejercicio del principio de autolimitación. Es lo propio de los padres. Por eso, es necesario que los padres sepan correrse para que los hijos crezcan. Se trata de ejercer una presencia suave que no incomoda sino que habilita el lugar del hijo, lo acompaña, lo ayuda para que sea. Sería deseable que eso que se da en el ámbito personal y familiar también acontezca en el ámbito social.

Volviendo al inicio de mi exposición, recalco que la experiencia de Cristo, la que Él hace de la paternidad de su Padre y la que nosotros hacemos por participar en su misma vida, es una experiencia hondamente transformadora de lo humano, por eso de lo social. Ese es el valor humanizante del evangelio. Las crisis sociales no expresan otra cosa que la dificultad para vivir de una manera fecunda y articulada

⁵ HUGO MUJICA, “La nueva era del viejo yo”, en AAVV, *La ética del compromiso. Los principios en tiempos de desvergüenza*, Buenos Aires, GEA-Fundación OSDE, 2002, 118-119.

sin temor a ser avasallados por otros. Esto, que es fuente de angustia en nosotros, explica la violencia y la imposición autoritaria. En última instancia, éstas son formas veladas de expresar el temor que nos da “perdernos”, disolver nuestra identidad en la nada del olvido y la irrelevancia. Sólo en Dios, fuente de todo don y paternidad, podemos hallar nuestro ser más genuino y luminoso sin temor a ser avasallados. Él es un Dios de hijos y no de esclavos.